

**SUBERCASEAUX, BERNARDO.**  
***HISTORIA DEL LIBRO EN CHILE.***

*Desde la Colonia hasta el Bicentenario. (3ª Edición corregida, aumentada e ilustrada). Santiago: LOM Ediciones, 2010. 337 p.*

*Andrés David Muñoz\**

Bernardo Subercaseaux es profesor titular del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile, en el área de Historia Cultural. Doctor en Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard, su vasta trayectoria académica e intelectual comprende más de 40 años de ejercicio docente en su país natal, pero sobre todo en universidades de Estados Unidos y Latinoamérica, donde se refugió durante la dictadura pinochetista. Cerca de un centenar de artículos en revistas especializadas, aproximadamente treinta participaciones en obras colectivas y una docena de libros publicados, son el fruto de sus extensas pesquisas sobre la historia de Chile: la formación de la nación, la modernización, la cultura, la historia de las ideas y del libro, por citar los tópicos más sobresalientes de sus investigaciones.

El autor anuncia que esta obra pretende ser una historia del libro (en su etapa moderna) y de la actividad editorial en una zona periférica como Chile, una historia que para él está insoslayablemente unida a la sociedad que creó aquel “fenómeno dual”; un libro que era a la vez un vehículo de pensamiento y por ende un bien cultural “que por la vía de la lectura afecta y es afectado por la sociedad”, así como un producto material y por tanto un bien económico que “en su propia materialidad porta también dispositivos que inciden en la lectura”. Esto es lo que Subercaseaux, en comunión con Roger Chartier, denomina “alma” y “cuerpo” del libro, y lo que constituye la “columna vertebral” de su investigación. El correlato que complementa esa historia, afirma, debe entonces tener en consideración los paradigmas socioculturales que han influido en la valoración social del libro, y las características de los diferentes momentos de la actividad editorial (producción, distribución, circulación y lectura). Eso sí, Subercaseaux asevera oportunamente que la historia de la lectura en Chile es aún una tarea pendiente, a la que él sólo se avoca parcialmente en esta oportunidad.<sup>1</sup>

\* Historiador de la Universidad del Valle. E-mail: andamuco@gmail.com

<sup>1</sup> No obstante, Subercaseaux reflexiona acerca de este tópico en el capítulo VII, “Autoritarismo y lectura”, haciendo las correspondientes salvedades: “Estamos conscientes de que con respecto a la lectura y a la dimensión

En una obra como la que nos ocupa, inscrita en la larga duración y que aspira a lograr una visión de conjunto, debemos decir que ineluctablemente ciertos períodos de la historia chilena están privilegiados sobre otros. La historia del libro y los impresos durante la Colonia española, la Independencia y la época que va hasta 1830 ocupan el primero de los capítulos; el resto del siglo XIX abarca los capítulos II y III; el siglo XX se extiende desde el capítulo IV hasta el VIII; y a los dos lustros que van corridos del siglo XXI, dedicados a evaluar el “paisaje cultural y editorial” del Bicentenario chileno, se les dedica el capítulo IX. Debemos subrayar que, apoyado en herramientas de corte sociológico y en la “historia del presente”, en los últimos dos capítulos y en las conclusiones, Subercaseaux efectúa algunas reflexiones en torno a la globalización y la *massmediatización* de la cultura; acerca del influjo de la cultura de (o para) masas sobre la industria editorial, reflejada, porque no, en la proliferación de géneros menores y de “subliteratura”, así como en la debacle de los hábitos lectores entre la población chilena.

Imbricadas en la narración, se denotan tanto una continuidad como una ruptura, esto es, un giro ostensible en la historia del libro chileno. Lo primero está relacionado con el sempiterno descuido de la industria editorial por parte del Estado, al que le ha costado posicionarse como agente y gestor cultural; lo segundo, con el menoscabo de la matriz iluminista, que contemplaba al libro como un valor en sí mismo, a razón del auge del neoliberalismo en Chile tras la implantación del régimen militar presidido por Augusto Pinochet Ugarte (1973-1989).

La débil tradición editorial en Chile halla sus raíces en la Colonia, cuando de hecho no existió la “máquina de la felicidad”<sup>2</sup> tan loada por Egaña y otros: el primer periódico y el primer libro impresos allí datan de 1812.<sup>3</sup> Hacia 1830 “la demanda (que era reducida) superaba con creces a la oferta” (p. 44); antes de 1840, previo a la institucionalización de ciertos valores asociados a la libertad de imprenta, a la soberanía del individuo y a la forma republicana de gobierno, la producción comercial de libros fue del todo insignificante: los pocos libros eran importados del extranjero (es decir, Europa). Ello significa que tanto el alma como el cuerpo del libro se hallaban totalmente descuidados.

No obstante, durante el Decenio de Bulnes (1840-1850), fue creada la Universidad de Chile (1842), hubo una eclosión de periódicos y polémicas y

---

sociocultural que la misma implica, la hemos abordado sólo de modo puntual, sin haber profundizado en ella” (p. 241); “el estudio de la recepción literaria y de las distintas comunidades de lectores constituye un campo que está todavía por constituirse, no solo en Chile, sino en toda América Latina” (p. 254).

2 En la jerga de los ilustrados chilenos, la imprenta.

3 Resulta desconcertante constatar que en el ámbito del Nuevo Reino de Granada, otro lugar periférico del Imperio español, la primera obra impresa allí, —más concretamente en la Imprenta de la Compañía de Jesús en Santafé—, el *Septenario al Corazón Doloroso de María Santísima*, del fraile español Antonio Andrés, data de 1738; y que el *Papel Periódico de Santafé*, el primero de su clase, empezó a circular en 1791.

se fundaron imprentas en ciudades como Valparaíso. El Estado, presidido por la “generación de 1842” (J.V. Lastarria, F. Bilbao, E. Lillo, etc.), pasó a dirigir la educación en todo su ciclo formativo; estos “cruzados” de los que nos habla Subercaseaux percibían la educación como el eje constructor e integrador de la sociedad, como el agente clave de una sociedad y unas mentalidades modernas; sentían al libro como el arma indicada para dar la “batalla por la civilización”. Estos intelectuales y traductores de obras europeas compartían con los cada vez más importantes tipógrafos una concepción de cuño liberal-iluminista con respecto al libro, la cual privilegiaba su dimensión cultural y educativa por sobre la material y económica. Tal vez la excepción más notable la haya constituido Faustino Domingo Sarmiento, quien comprendió la importancia de la producción y el comercio de libros, factores insoslayables para la difusión del mismo. Valga decir que la generación ilustrada y positivista subsiguiente, encabezada por José Toribio Medina (1852-1930), se autoconcebía como continuadora del legado de aquellos liberales ilustrados, llegando a considerar al libro como un objeto precioso, una reliquia cuasi sagrada.

Por otra parte, las transformaciones experimentadas en los campos del libro y la lectura chilenos entre 1840 y 1880 estuvieron ligadas, además de a la formación de una sociedad lectora, al establecimiento de las bases de la industria impresora. El número de diarios se multiplicó por veinte y el de las imprentas por diez; se produjo una eclosión de librerías (muchas de ellas extranjeras, como las imprentas y como casi todos los títulos ofrecidos en el mercado); la mujer fue incorporada al universo lector por medio del folletín y se dio el tránsito de unas prácticas de lectura intensiva a otras de lectura extensiva. Algo no menos importante, el gobierno de Diego Barros Arana suprimió la Junta de Censura en 1878. Sin embargo, si bien aquellos lectores de novelas y folletines, pertenecientes a las capas medias de la población y al artesanado, y que constituían “el grupo letrado más numeroso del país” (p. 113) se habían convertido para inicios del siglo XX en clientela de la incipiente industria cultural, lo cierto es que la actividad editorial en sentido moderno estaba ausente en Chile, pues según Subercaseaux, dicha actividad no es otra cosa que “la creación de hechos literarios y culturales nuevos” (p. 119).

El paulatino establecimiento de editoriales modernas (Zig-Zag, 1905; Ercilla, 1928) implicó necesariamente la configuración del oficio de editor y la de su contraparte, o sea, el escritor profesional. Ello permitió, junto al cierre de los mercados internacionales a causa de las guerras civiles europeas y de la crisis financiera de 1929, un notable estímulo a la producción de obras nacionales, lo que inauguró la “época de oro” del libro chileno (1930-1950). El autor es asertivo al señalar la creciente participación social y política de las clases medias en este

periodo, así como el reforzamiento de la matriz cultural liberal-iluminista, que privilegiaba en el libro por encima de todo su carácter de bien social, aún en desmedro de su materialidad o cuerpo, dando forma a una paradoja característica de la historia del libro chileno:

El ascenso de las capas medias refuerza dicha percepción [iluminista del libro] y se traduce en un cierto retraso de la incorporación de todo el espectro del libro a los mecanismos modernos de la industria cultural (...) la expansión editorial que se dio entre 1930 y 1950 tuvo ciertos límites en algunos de los factores subyacentes que la hicieron posible (p. 151).

Aquel auge editorial, aupado por las comunidades políticas, intelectuales y religiosas y sus respectivas redes de sociabilidad, no contó con respaldo suficiente del Estado, los sectores empresariales y demás grupos económicos, todo lo cual explica su bonanza efímera y coyuntural. En consecuencia, los veinte años siguientes (1950-1970), marcados por la atrofia de la industria editorial, convirtieron a Chile en el consumidor principal de libros argentinos y de una buena parte de los españoles. Es más, la industria editorial chilena tuvo una casi nula participación en el *boom* de la literatura hispanoamericana, cuyo clímax puede datarse entre 1965 y 1972. Esta inacción estatal para fomentar el libro resulta incomprensible para Subercaseaux, pues según él las condiciones estaban servidas para que la industria editorial austral se expandiera y diversificara.

La emergente sociedad masificada ya no veía en el libro un símbolo de status como antaño. Aun cuando el gobierno de la Unidad Popular, presidido por el socialista Salvador Allende (1970-1973) siguió considerando en su discurso al producto libro como “el soporte de la cultura por excelencia” (p. 184) y tomó algunas medidas en pro de redistribuir el capital cultural entre todas las capas sociales, Subercaseaux asevera que “el sector privado de la industria [editorial] siguió siendo un sector desprotegido y castigado” y “sin capacidad para competir con la industria argentina o española”, argumentando la persistencia del desfase “entre un discurso que concebía al libro como “alma” de la cultura nacional y una práctica económica y legislativa que ignoraba el carácter vital de la industria que lo producía” (p. 185). En síntesis, no hubo de parte de la Unidad Popular una estrategia de fomento del libro en el mediano y largo plazo; no se legisló para incentivar el mercado y no se pensó seriamente en la internacionalización del libro chileno. La masificación del libro por obra del accionar estatal, y la consecuente integración de la cultura mesocrática de cuño ilustrado con la cultura popular chilena, fueron fenómenos que no alcanzaron a cristalizarse completamente.

Esa concepción mesocrático-iluminista del libro chileno sufrió un duro revés durante la dictadura neoliberal de Pinochet, caracterizada además de la censura, por el total abandono de la producción de libros y revistas, bienes para los cuales no existía mercado, dada la baja capacidad adquisitiva del chileno promedio. El lapso de 1973 a 1981 se caracterizó por los cierres masivos de librerías y por una nueva generación de “editores en jefe”, preocupados más por la gestión mercantil y comercial, que por cualquier suerte de “misión cultural” a partir del libro: “en las condiciones económicas y socioculturales promovidas por la dictadura, o el libro se integra a los mecanismos de la industria cultural mercantil o corre el riesgo de ser un producto marginal e incluso de tener que reciclarse transformándose en materia prima” (p. 210). El relativo y engañoso auge del “libro promocional”, complemento de las revistas y la T.V. y respaldado en editoriales transnacionales como Salvat, colocó al libro como un producto cultural secundario “subordinado al consumo cinematográfico y audiovisual”. Después de 1973, los medios de comunicación “adquieren una centralidad monopólica, una centralidad que va a ser fundamental en la parcialidad ideológica y en la hiperinflación de la cultura de masas. En este contexto algunas obras literarias no tienen repercusión o venta únicamente por sus valores literarios, sino en tanto subproductos de los medios de comunicación de masas, particularmente la televisión” (p. 258).

Durante la última década del siglo XX se expandieron en Chile los grandes conglomerados transnacionales del libro, reforzando el predominio de la lógica financiera por sobre la lógica cultural, y supeditando las iniciativas editoras locales a los cánones de la rentabilidad. Alternativas tendientes a equilibrar ambas lógicas pueden apreciarse no obstante, en el accionar de las editoriales independientes, caso de LOM, que desde 1990 pasaron a ocupar el “nicho en el mercado” dejado por la franja intelectual contestataria opositora al régimen militar.

Llegados a este punto, llama nuestra atención verificar la existencia en Colombia de una legislación para el desarrollo de la industria editorial desde 1973, en tanto que la ley para el fomento del libro y la lectura en Chile apenas pudo ser formulada por el gobierno de la Concertación en 1993; que mientras Chile registró por medio del sistema ISBN en 2006 un total de 3541 títulos, Colombia registró 10815; y que según Subercaseaux (y sin aportar cifras), el envío de libros por correo resulta muy oneroso en Chile, mientras que en Colombia se goza de una “tarifa reducida” para el envío de impresos. Curiosos indicadores que harían parecer a Colombia un auténtico fortín de la cultura letrada y de los hábitos lectores.

Y es que según ciertas encuestas, Chile no puede ser considerado como un país lector: la mayor parte de la gente dedica el grueso de su tiempo libre a ver T.V., no compra libros, no asiste a bibliotecas y menos aún hace uso del préstamo de

libros ofrecidos por dichos entes. El libro tiene una baja valoración social si se le compara con otros “medios”, caso de la Internet y del célebre *chat*. Las reflexiones de Subercaseaux, tocantes a la sobreabundancia de dispositivos electrónicos, pesimistas en lo inmediato, dan paso al optimismo en cuanto vislumbran no la muerte del libro, sino su plausible reposicionamiento sociocultural como válvula de escape a las constricciones del mundo y del estilo de vida digitales. Incluso la invasión de la denominada “subliteratura” ligada a la cultura para masas, podría llegar eventualmente, según nuestro autor, a robustecer la estancada industria editorial y derivar en un incentivo para la lectura de toda clase de libros.

Tal vez Bernardo Subercaseaux no se forme perspectivas tan halagüeñas en lo tocante al papel asumido por el Estado como agente cultural, papel que a su parecer continúa siendo muy precario, “disperso e insuficiente”, pese a las estrategias esbozadas por los más recientes gobiernos en la Política Nacional del Libro y la Lectura. La indolencia del Estado no alcanza a ser subsanada por la presencia de las microeditoriales alternativas, que defienden la libertad total de información y expresión, y que van a contracorriente de la industria del entretenimiento, la cual tiene copado el mercado (que mejor ejemplo que la citada saga literario-audiovisual de *Harry Potter*).

Las últimas décadas muestran (...) una instalación extrema de sectores de la industria editorial y su producto en el polo del mercado y de las consideraciones económicas. Lo que estaba ausente en tiempos de la máquina de la felicidad, y en alguna medida, también en la “época de oro” del libro, se ha convertido en un exceso en el Bicentenario (p. 312).

En la *Historia del libro en Chile* que hemos presentado, vale destacar la incorporación de tablas, numerosas imágenes de portadas de libros (muchas de ellas a color) y algunas fotos, lo que le confiere un valor estético adicional al cuerpo tan bien cuidado de este libro. Pero más allá de su carácter y valor material debemos destacar también su alma; la relevancia historiográfica que puede llegar a adquirir esta obra en el concierto intelectual latinoamericano, carente de historias críticas y sistemáticas del libro y de la lectura, otro de los déficits en la producción académica colombiana. Esta es una intentona que tal vez haga inteligible el por qué los agentes culturales no han sido capaces o no han querido comprender la importancia fundamental de los hábitos lectores, de la industria del libro y del desarrollo cultural, económico, político y social que se deriva de su fomento (p.288). No en balde varias generaciones (la de Subercaseaux puede que no haya sido la última) hemos perdido nuestra “virginidad intelectual” con el libro y hemos crecido bajo su influjo.